7-IV-68



NUESTRO ARTE FLAMENCO

Por JUAN DE LA PLATA



DE "DOLOROSAS Y SONORAS ALONDRAS DE UNA RAZA", LAS CALIFICO RUBEN DARIO

"Manifestaciones vivas de lo patético", las llamó José María Salaverría.

★

"Dejan rastro de lirio caliente" (Lorca)

★

"¡Cantar del pueblo andaluz,—que todas las primaveras—anda pidiendo escaleras—para subir a la cruz!" (A. Machado).

★

Una admirable teoría lírica del poeta Joaquín Caro Romero.

Todos los grandes escritores y poetas que, de una forma o de otra, han vivido más o menos intensamente la Semana Santa andaluza, se vieron sorprendidos siempre por el misterio insondable y profundísimo de la saeta, el cante sagrado de los flamencos. Por ello, en verso o en prosa, nos dejaron su impresión emocionada o su fina y sentida definición estética de lo que para ellos suponía algo más que una determinada manifestación folklórica.

Entre aromas de azahar y cera, la saeta eleva su vuelo triste para irse clavando, como un dardo sentencioso, en el pecho de los que van tras el Nazareno o la Virgen Dolorosa. Las voces anónimas, brotando como amapolas en campo de trigo rumoroso, levantan su grito de sangre por cima de las cabezas y los corazones, hasta hacer temblar a las propias estrellas. La saeta es la voz de Andalucía, llorando la muerte del Redentor del Mundo.

Y cuando el paso se marcha, doblando cualquier esquina de cualquier calleja tortuosa, queda siempre como una estela ardiente de lirio tronchado. Es la estela que hizo exclamar a Federico García Lorca:

SOBRE LA NOCHE VERDE,
LAS SAETAS,
DEJAN RASTROS DE LIRIO
CALIENTE.

Rastro que tarda siempre en borrarse, porque la saeta es una queja desgarrada y terrible. Su dramatismo fue, precisamente, lo que conmovió más a José María Salaverría, hasta el punto de escribir, verdaderamente ganado por el misterio de la saeta: "Estamos frente a una de las manifestaciones más vivas de lo patético".

En su "España contemporánea", Rubén Darío nos dejaría escrita en prosa su definición de la saeta, perfectamente entendida y sentida, dentro de su alma de gigante de la poesía hispánica: "...y las saetas, esos cantos que brotan en su aguda tristeza, quejidos del pueblo, dolorosas y sonoras alondras de una raza".

Antonio Machado, el gran sevillano, el español universal, que nunca desmintió el tirón cordial de su tierra amada, a pesar de las lejanías y los enamoramientos de otros paisajes, dedicó nada menos que todo un poema a un cante que no era, no podía ser, el suyo por muchas y complicadas razones, que cada día se nos van aclarando más. Pero, subyugado siempre —en el fondo, casi tanto como su hermano Manolo, el de las claras madrugadas de vino y cante— por "las músicas magnas de mi tierra", definió a la saeta como nadie jamás lo hizo, ni antes ni después que él:

¡CANTAR DEL PUEBLO ANDALUZ,
QUE TODAS LAS PRIMAVERAS
ANDA PIDIENDO ESCALERAS
PARA SUBIR A LA CRUZ!

No se puede decir más en cuatro versos. Otros emplearon muchas más palabras y no acertaron a explicar el porqué de este cantar. Y dejamos fuera de este trabajo todo lo que se ha escrito sobre sus orígenes. Porque eso queda para los eruditos. "La saeta, especie de oración silvestre y espontánea con algo de copla y algo de sollozo, es la cifra y compendio de la devoción andaluza". Así la vio Pemán. Para Domingo Manfredi, "la saeta representa, dentro de la música española, una variante sacra, religiosa del cante jondo".

Efectivamente. Ya lo dijo alguien, no recuerdo quién ahora: "es el cante gitano, que llora por el mejor de los nacíos".

Saltando sobre otros muchos autores, que dejaron constancia escrita de su admiración por este cante nuestro, es justo traer aquí lo que dijo el maestro José Carlos de Luna: "En toda la liturgia de la Iglesia no se halla música sagrada que, como esta, conmueva al pueblo". Y es verdad. Por eso el pueblo llora al escuchar una saeta bien cantada. Por eso, aplaude y hasta vitorea con emoción. Indudablemente, la saeta se clava como un dardo en el corazón de los que escuchan.

Terminamos este desfile de impresiones sobre la saeta trayendo aquí, como colofón, algunas frases bellísimas de las vertidas por el gran poeta sevillano Joaquín Caro Romero, en aquella inolvidable teoría suya, publicada en "ABC" hace ahora seis primaveras. Decía el poeta: "El silencio es el eficaz y exclusivo lazarillo de la saeta"; porque cuando nace, hasta el tambor debe de enmudecer. Y añadía aquello tan hermoso del "deslumbre místico" que ciega al que interpreta este cante, que sólo y exclusivamente oye en su interior "compases celestes" que van llevando su mano por el aire. Porque la mano es la que manda el compás. Un compás hecho de silencios.

Decía Caro Romero que la saeta "es una legítima defensa espiritual"; "una oración que se convierte en oración"; "la saeta es un manifiesto autorizado por la fe"; "la garganta del cantaor, flagelada... es el desfiladero de la gracia". Y afirmaba: "Ningún cantar tan reiteradamente doloroso como la saeta".

Joaquín Caro Romero, poeta de temple casi angélico, el último poeta de Sevilla que ama y busca a la saeta, de balcón en balcón, cierra nuestra antología de definiciones líricas, con las mismas palabras que cerró entonces aquel artículo suyo en "ABC": "Entendemos por la mejor saeta la que traspasa cicatrices antiguas y novísimas heridas con idéntica desmesura, con semejantes efectos, atando y desatando realidades intemporales. Porque la saeta, como todo amor verdadero, no tiene edad: siempre está naciendo"...

Así queda dicho todo. La saeta es ese amor que nos hiere cuando pasa el verdadero Amor.

LA PASION DE CRISTO

Según la canta nuestro pueblo



Creo que este podría ser el gran tema para una conferencia sobre la Semana Santa andaluza, o para escribir un buen libro. Pero, en la apretada fisonomía de una página, dudo que tenga uno espacio suficiente para desarrollar lo que necesitaría muchas cuartillas para poder ser explicado suficientemente.

Pongamos por delante que el pueblo andaluz es un pueblo acostumbrado a decir muchas cosas en pocas palabras. Tal vez sea esa una de las razones de que todo lo que para el andaluz tiene importancia, anduvo y anda metido en coplas.

Por eso creó el cante flamenco para decir cantando todo lo que ama o aborrece. El lenguaje de los andaluces, por corto, es sumamente gráfico y expresivo. Y mete en cuatro o cinco versos tratados completos de filosofía, de estética, de amor o de vida espiritual.

Las saetas, coplas definitivamente incluídas en el acervo musical de nuestro arte flamenco, no son otra cosa que eso, tratados de vida espiritual, minimizados ejercicios espirituales para la gran muchedumbre que va en pos del Nazareno. Por la vía de la emoción de un instante, es posible hacer apostolado desde un balcón, o desde una reja florida, o desde el mismo asfalto, perdido en un mar de cabezas humanas, que escuchan y captan el mensaje del saetero.

Porque es, nada menos que la pasión de Cristo, el motivo de esa copla callejera que revolotea estos días, cual "paloma rafeña" —como bien decía Manolo Machado—, picoteando en los corazones y sembrando en cada uno el granito de oro del amor a un Dios hecho Hombre, que se sacrifica y muere por el pueblo. Y es el pueblo, no otro, el que se explica todo ese misterio en coplas como cuchillos, que por algo las llaman saetas; porque hieren de amor. Gran tema para ser ampliado por un Domingo Manfredi, por un Joaquín Caro, por un Romero Murube o por uno de los Cuevas. O por cualquiera de esos pregoneros, seres privilegiados de la fina oratoria, que tanto saben de la Semana Santa andaluza y tan bien la saben cantar.

Toda la pasión de Cristo,

(Pasa a la pág. s[anterior])

COMO DEBE SER LA SAETA

ORIGINAL, ESPONTANEA, ANONIMA, HONRADA, SENTIDA, ORACION, DOLOR, ESPERANZA, PAÑUELO, SUPLICA, AMOR, SUSPIRO, FLOR, SENTENCIA, DARDO, LUTO, DUELO, PENA, LLANTO

COMO NO DEBE SER LA SAETA

INDIFERENTE, STANDARDIZADA, DESCREIDA, INSIPIDA, METALIZADA, RUTINARIA, LARGA, MONOTONA, FRIA

LA COPLA POPULAR

SAETAS

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero
y desclavarle los clavos
a Jesús Nazareno?

✱

Alza los ojos y mira
ese Señor soberano:
si quieres arrepentirte
el remedio está en tu mano.

Yegó a sudá sangre pura
de pasá tanto quebranto,
y tomó el coló der lirio
su cuerpo de marfí santo.

✱

De las flores más bonitas
he de hacé una corona,
pa ponérsela a María
hermosísima paloma.

(Viene de la pág. anterior)

momento a momento, está condensada en la saeta. En algunas *letras* incluso encontramos, extractadas, páginas enteras de la Biblia. Y ni un solo detalle del drama divino escapa a la sensibilidad del pueblo, hecha sentencia en la voz del saetero. Así, con los ojos puestos en la Madre o en el Hijo ,el cantaor dice su copla a todos aquéllos que, en ese momento, sienten necesidad de llorar por dentro la propia culpa. Y es el saetero, siempre, el que abre con su copla la espita del sentimiento masivo.

El tema —grandioso, repito—, queda esbozado. Plumas mejores que la mía pueden desentrañarlo. La pasión de Cristo, según la canta nuestro pueblo, puede ser un hermoso motivo de reflexión, en estos días santos. Porque cada saeta es una estampa, precisa y clara, de aquellos días dolorosos. Música indispensable, adentrándose con su afilado perfil, por los oídos del alma, hasta hacernos sufrir.